

3. Historia y ciencias sociales: España y Portugal

Daniel Muñoz Sempere/Gregorio Alonso García (eds.): *Londres y el liberalismo hispánico*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert 2011 (La Cuestión Palpitante. Los Siglos XVIII y XIX en España, 17). 285 páginas.

Es bien sabido la importancia del exilio español durante el primer tercio del siglo XIX, en particular de aquellos liberales que se refugiaron en Londres durante las épocas de dominio del absolutismo y que ahí no sólo conspiraron y se organizaron, sino que también tuvieron la experiencia directa de vivir en un país de larga tradición parlamentaria y de respeto por unas libertades (relativas) que querían conseguir para España.

Este libro, en sus 16 capítulos, nos invita a acercarnos al exilio londinense desde muy diferentes perspectivas por la variedad de personajes y grupos tratados, además de por la diversidad de enfoques asumidos por los autores. La misma introducción señala una preocupación tanto por los elementos más estrictamente políticos como también por las cuestiones culturales y literarias, por la labor creadora desde el exilio y por las influencias recibidas al residir en uno de los principales centros científicos y culturales del mundo.

Aunque en la contraportada se afirme que el rasgo común a todos aquellos exiliados “fue su amor a la libertad, entendida como rechazo frontal al despotismo y la defensa de las medidas liberales que se recogían en la Constitución de Cádiz de 1812”, los trabajos recopilados (escritos tanto en español como en inglés) muestran una realidad más compleja. La estancia en Inglaterra significó para algunos exiliados la renuncia a aquellos ideales y la apuesta por lo que se denominó “justo medio”, el

de un grupo asustado por el impacto de un liberalismo avanzado capaz de movilizar amplias capas populares y que se refugió en una propuesta de “libertad con orden” que acabó priorizando más el segundo que el primero.

Un ejemplo significativo de esta evolución conservadora es el de un personaje tan importante como Antonio Alcalá Galiano, desarrollado por Raquel Sánchez García en un trabajo en el que paradójicamente nos recuerda que, salvo notables excepciones, “la mayoría de los exiliados apenas entablaron contactos con la sociedad que les dio acogida, esperando siempre un retorno que tardaría diez años en producirse” (p. 17). Capítulos dedicados o relacionados con personajes determinados, aunque desde puntos de vista que van desde la producción literaria y las relaciones culturales con Europa y Latinoamérica, hasta la imagen de España, la relación entre lengua e identidad, o la actividad política, también son los de Fernando Escribano (sobre Pascual de Gayangos), Geraldine Lawless (José María Blanco White), Fernando Durán (Blanco White y Rudolph Ackermann), Matilde Gallardo (Blanco White y Alcalá Galiano), María Pilar Asensio, Alberto Romero y Salvador García (José Joaquín de Mora), Carol Tully (José Joaquín de Mora y Rudolph Ackermann), Andrew Ginger (Jacinto Salas) y Marieta Cantos (Cristóbal de Beña).

En cambio, otros capítulos se centran más en la cuestión religiosa, polémica tanto en España como en Inglaterra, y estudian los problemas sufridos por algunos personajes significativos del clero español exiliado (Germán Ramírez) y el debate sobre la tolerancia religiosa y el papel de la Iglesia católica (Gregorio Alonso). O realizan una reflexión de carácter más

general, sobre la influencia de las obras del exilio liberal sobre la literatura española (de Derek Flitter), sobre las imprentas londinenses que publicaron en español y portugués (de Barry Taylor), o sobre el papel de los mitos históricos y de la idea de nación en los textos publicados entonces (Peter Cooke).

En conjunto, se trata de un libro que adolece de una cierta descompensación, pues tanto hay trabajos ambiciosos en extensión y profundidad interpretativa, como otros mucho más breves que se circunscriben a presentar alguna información puntual. A pesar de ello, y de la inexistencia de una clara tesis común compartida por todos los autores, el libro constituye una aportación importante al conocimiento del exilio liberal español y estimula nuevas vías de trabajo para los investigadores.

Josep Maria Pons i Altés
(Universitat Rovira i Virgili-Grupo
ISOCAC)

Santiago de Pablo/Granja, José Luis de la/Mees, Ludger/Jesús Casquete (coords.): *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*. Madrid: Tecnos 2012. 899 páginas.

La investigación sobre los símbolos como elementos de identidad colectiva se ha ido abriendo paso en los últimos años dentro del campo de la historia de los nacionalismos, aportando interesantes perspectivas más allá de los conceptos constructivistas que consideran el surgir de identidades nacionales como un proceso intencionado de creación y de invención. Así, y a modo de ejemplo, Sabino Arana es considerado como creador y propulsor, a finales del siglo XIX, del nacionalismo vasco y de sus símbolos, un nacionalismo que iría cobrando fuerza a lo largo de las

décadas siguientes. Desde hace unos años, sin embargo, la dimensión de los símbolos en sus múltiples facetas, así como su proyección emotiva, están acaparando un interés cada vez mayor dentro de la historia cultural. Así, los símbolos, enraizados en la memoria colectiva, adquieren su significado como elementos aglutinadores de comunicación recíproca a lo largo de los procesos de génesis y establecimiento de colectivos identitarios, proceso paralelo a la toma de conciencia política por parte de los miembros de las sociedades. Los símbolos, pues, son entendidos como representaciones que sirven de vehículo para transportar ideas, para la manifestación de una afección emocional y para la creación de una identidad de grupo.

Esta voluminosa obra es fruto del laborioso trabajo de un Grupo de Investigación de la Universidad del País Vasco dedicado al análisis del nacionalismo vasco. Se trata, pues, de una concienzuda labor que consta de 53 voces en las que, en una perspectiva histórica que traza la evolución de símbolos colectivos a lo largo del proceso de construcción de la identidad nacional vasca, entrando, al igual, en los debates sobre discrepancias en el uso y contenido de los conceptos, se analizan aspectos centrales de dicha identidad colectiva.

El abanico abarca, por una parte, símbolos comúnmente conocidos como Guernica, lugar de memoria vasco *par excellence*, en su múltiple significado como representación de las “libertades vascas”, signo de una desgarradora guerra civil y sobre todo de la crueldad y brutalidad de las guerras en general. Evidentemente, en esta obra también tienen reflejo aquellos símbolos establecidos por Arana, “padre del nacionalismo vasco”, como lo son la ikurriña, bandera bicrucifera, el término de Euskadi, en contraposición con Euskal Herria, así como distintivos nacionales de posterior creación como el Aberri Eguna,

el Día de la Patria. Al igual tienen reflejo himnos y canciones, como símbolos de identificación de primer rango, cargados en parte de atribuciones contrapuestas y en rivalidad, como lo es el caso de “Gernikako Arbola” (tratado en la voz “Gernika”), de “Eusko Abendaren Ereserkia” y de “Eusko Gudariak”. No faltan, claro está, símbolos como el Arrano Beltza, águila de las armas de Sancho el Mayor, apropiado hoy en día por el nacionalismo vasco nacional, o el Lauburu, cruz esvástica como símbolo vasco prehistórico.

El presente diccionario también contiene términos, fechas y hechos históricos de relevancia, como los fueros y aquellos campos de batalla de valor simbólico como Roncesvalles, considerado por sectores nacionalistas no sólo como triunfo de tribus de vascones sobre Carlomagno, sino como símbolo de la lucha por la libertad del pueblo vasco. Además, han tenido acogida personas de relevancia histórica, o bien para el mismo proceso de implantación del nacionalismo como lo son Sabino Arana y José Antonio Aguirre, primer *lehendakari* y líder indiscutido en el exilio, o de contenido simbólico como Tomás de Zumalacárregui, el mitificado luchador por los fueros en la Primera Guerra Carlista, y el mencionado rey Sancho el Mayor, monarca medieval cuyo reino abarcó –según una lectura nacionalista– por primera y hasta la fecha última vez la totalidad de las tierras vascas. Sorprende, quizás la inclusión de términos más bien inesperados, como Europa o España, cuya presencia, sin embargo, es de relevancia para una comprensión y visión global del fenómeno del nacionalismo vasco.

Es inevitable que todo lector atento de este diccionario caiga en voces que no encuentre dentro de la selección presentada o que no esté plenamente acuerdo con la prioridad dada a la inclusión de otras. Esto,

claro está, que es algo sin duda inevitable en el caso de obras de estas características que no pretenden ser a la vez enciclopédicas. Imágenes en color, por su parte, ilustran lo expuesto, aspecto que en el caso de los símbolos es de especial valor para la comprensión del concepto analizado. Una bibliografía al final de cada entrada con publicaciones específicas referidas al tema y otra general al final del tomo ofrecen la oportunidad de profundizar los conocimientos sobre los diferentes temas expuestos.

El presente tomo no sólo es de interés para toda persona interesada en la historia y cultura vasca, sus movimientos sociales, su dimensión política, socioeconómica y cultural. Este diccionario refleja además nuevas bases para la comprensión de dichos procesos de identificación colectiva y nacional, ampliando así el antiguo concepto de los lugares de memoria, acuñado por primera vez hace ya tres décadas por Pierre Nora.

Carlos Collado Seidel
(*Universität Marburg*)

Ismael Saz/Ferran Archilés (eds.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*. Zaragoza: *Prensas Universitarias de Zaragoza* 2011 (Ciencias sociales, 81). 332 páginas.

La reflexión sobre la naturaleza de los nacionalismos en la España contemporánea y sobre el mismo concepto de “nación” se ha convertido en las últimas décadas en unos de los núcleos principales del debate historiográfico español. Lo publicado sobre la cuestión ha ocupado miles de páginas desde que a principios de la década de 1990 Borja de Riquer presentó una propuesta interpretativa (con precedentes muy anteriores) que rápidamente

consiguió una gran aceptación: se centraba en la existencia una supuesta “débil nacionalización” española en el siglo XIX como un elemento explicativo fundamental para comprender sus limitaciones en comparación con otros países, y la importancia de los nacionalismos vasco y catalán.

Sin embargo, como el lector puede adivinar, los prejuicios de todo tipo contaminaron parte de la discusión, que a menudo no incorporaba los avances sustanciales producidos en la investigación. Y es aquí donde incide el libro reseñado, tal como remarcan en la introducción sus editores. Así pues, la línea de fondo del libro cuestiona los supuestos “fracasos” (tanto del proceso nacionalizador como de la revolución liberal/burguesa y de la revolución industrial) con los que durante mucho tiempo se ha querido caracterizar la historia contemporánea de España. Y no es casualidad que tanto ambos editores como algunos de los autores estén vinculados a la Universitat de València, pues ha sido uno de los núcleos impulsores de este replanteamiento de la tesis del “fracaso”. Las comparaciones con otros países han ido mostrando que mucho de lo que se creían particularidades españolas no lo eran tanto.

Aunque diversos capítulos del libro ya habían sido publicados anteriormente en otros lugares—el más antiguo corresponde al texto de Ismael Saz, de 1998—, en conjunto ofrecen una imagen plural y actualizada sobre lo avanzado sobre la cuestión. En concreto, el capítulo de Pedro Ruiz Torres aborda la Ilustración española para llegar a la conclusión que, en el siglo XVIII, una ideología nacionalista española ya puso los fundamentos del posterior nacionalismo liberal. Ismael Saz remarca que el nacionalismo español regeneracionista surgido a finales del siglo XIX no era la prueba de ningún “fracaso” nacionalizador anterior, como a menudo se ha afirmado, sino

que se insertaba en un contexto europeo donde surgían nuevos movimientos nacionalistas parecidos en otros países. Xavier Andreu introduce en su texto la cuestión del género en los discursos nacionalistas de la primera mitad del siglo XIX, un elemento habitualmente obviado por la mayor parte de los historiadores. Nuria Tabanera explica la percepción argentina de la crisis del 98 en España y la simpatía inicial por la rebelión cubana, también con preocupaciones relacionadas con la construcción nacional, y Pilar Salomón se centra en cómo incluso el mismo discurso internacionalista anarquista de finales del siglo XIX y principios del XX participó en la creación de una determinada identidad española. Circunscritos sólo al siglo XX, los capítulos de Marta García Carrión y de Alvar Peris, dedicados respectivamente a la cultura cinematográfica impresa de los años 1920-1930, que propagó una concepción esencialista de la nación española, y a los programas actuales de tele-realidad que siguen difundiendo una percepción nacionalista de España muy tradicional, constituyen una aportación valiosa en la medida que muestran cómo los procesos nacionalizadores no son comprensibles si nos limitamos al siglo XIX.

Para finalizar, el último capítulo a cargo de Ferran Archilés aborda a modo de balance los elementos esenciales de la historiografía de las narrativas de la “nación fracasada”, estudia sus raíces situadas a finales del siglo XIX y el porqué del surgimiento de un intenso debate sobre el tema en los años 1980-1990. No resulta casual que sea precisamente el capítulo más extenso, en la medida que presenta un balance preciso y unas propuestas ambiciosas, para acabar planteando la necesidad de que los historiadores superen la lógica del Estado-nación.

En balance, el conjunto del libro vacuna de la tentación de repetir acríticamente

tópicos sobre “fracasos” que los estudios empíricos están cuestionando y ofrece reflexiones sugerentes sobre un tema extremadamente complejo.

Josep Maria Pons i Altés
(Universitat Rovira i Virgili-Grupo
ISOAC)

Eduardo González Calleja: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*. Madrid: Alianza Editorial 2011. 444 páginas.

El libro visualiza cómo las derechas españolas no se sintieron cómodas con la República. Lo que éstas perdieron en las urnas lo intentaron ganar con movimientos conspirativos y subversivos sin dar tregua a que la República se asentase, con sus aciertos y errores, en un orden nuevo, democrático. La derecha, en la que cabría incluir la extrema derecha, hostigó constantemente el poder establecido, amparada por unos monárquicos a cara descubierta, bajo el manto de la permisividad mal calculada por parte de las autoridades democráticas. Estas derechas hicieron un acoso de derribo sin paliativos a los que consideraban enemigos declarados, que no adversarios.

La República tuvo en sus entrañas fervientes republicanos, y fervorosos y malévolos antirrepublicanos. La polarización social e ideológica que recibió en herencia era la culminación de un Estado corrupto e ineficaz, con diversas lacras sociales sin solucionar. La tarea que se propuso el nuevo régimen fue la de cambiar la estructura de una sociedad que quería y necesitaba cambios para una vida más acorde con sus necesidades y para poder adaptarse al concierto internacional. Lo que recibió fueron vaivenes

desestabilizadores desde diversos flancos, nula ayuda de los partidos de derecha y choques de visionarios a semejanza de otros que emergían en Europa.

El ejército, jugador y árbitro a la vez en la mayoría de los lances de la historia hispana, también tomó opción. La opción de la que eran expertos era la de la confrontación, ansiando en sus entrañas que el cambio que empezaba a partir del 12 de abril de 1931 no surtiera efectos, se diluyera, acostumbrados como estaban a forjarse carreras militares en guerras coloniales bajo los auspicios de una monarquía obsoleta. Monarquía y ejército que se retroalimentaban.

Eduardo González trata lo indicado desde una mirada amplia y sugerente, por cuanto escudriña en los avatares de los grupos políticos y de las personas en un período donde los cambios encontraron siempre obstáculos por parte de una derecha reacia a dejar el poder, de una extrema derecha combativa y antirrepublicana y de unos grupos monárquicos desestabilizadores, yendo algunos hacia el ideal del fascismo. Ello implica que al tratar de estos ejes haga expresa mención de las vías democráticas de los otros partidos republicanos, de los de izquierda, de sus zozobras e intrigas y de sus parciales soluciones ante el avance derechista, en un run-run asfixiante.

El libro lo componen seis grandes capítulos, armónicos en cuanto a tratamiento, una introducción y un epílogo, y un prólogo del eminente Julio Aróstegui, y una cuidada base fotográfica. Precisamente, en el prólogo cobra valor la idea de Manuel Azaña, pasada la tempestad de la guerra, de que la práctica violenta es siempre una opción y en modo alguno una necesidad y, menos aún, inevitable, por lo que la violencia es producto de un cálculo de costes y beneficios. Algo que remarca Aróstegui como cierto al destacar

que “carlistas, falangistas, cedistas ‘accidentalistas’ –¡qué ironía!–, monárquicos, militares, unieron sus fuerzas, en diversas coyunturas hasta la sublevación final, para hacer fracasar un régimen que amenazaba con excesivos cambios para lo que la España más acomodada podía tolerar”.

El capítulo primero aborda la eclosión de la República de 1931 a 1932, el teje-manaje subversivo de las derechas anti-republicanas a partir de los incipientes movimientos de los monárquicos, la vertebración de grupos intelectuales en aras de sentar doctrina o el rearme de los seguidores combativos de Dios, Patria y Rey. El siguiente, de 1932 a 1933, se centra en la convulsión del golpe militar de Sanjurjo, a partir de una trama cívico-militar y las consecuencias que se derivaron, concretado en las vicisitudes del antes y el después del pronunciamiento, implicando una reorganización de los requetés tras el paso del coronel José Enrique Varela a sus filas. El tercero se articula en base a la eclosión de la violencia y de la fascistización, de 1931 a 1933, a partir del Partido Nacionalista Español, la radicalización semitolerada y la irrupción en escena de la Falange de José Antonio y las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, estas últimas en conflicto. El apartado cuarto analiza el acercamiento contrarrevolucionario de las derechas en 1934, algunas ya claramente antidemocráticas, los contactos con el exterior en busca de apoyos, el nerviosismo para conseguir un frente común y la actuación que toman a partir de los sucesos de octubre de 1934. El quinto marca la postura de la CEDA desde 1934 hasta las elecciones de febrero de 1936, y los avatares internos de las fuerzas desestabilizadoras. El siguiente marca el punto de inflexión, con una derecha de nuevo en la oposición y con una escalada de violencia propiciada sobre todo por Falange, junto a un “discurso catastrofista de los líderes

políticos y el mito del ‘golpe comunista’”, que conllevará una simbiosis de civiles y militares que desencadenará el golpe militar.

El libro da, de forma clara, las pautas de comprensión de cómo evolucionaron las fuerzas militares y civiles progolpe de Estado, cómo iniciaron ideológicamente la República y cómo la acabaron, qué estrategias utilizaron durante estos años, cuál fue la relación y sumisión al ejército para que éstos decidieran la proclamación de la guerra y qué rol adquirieron los militares para encabezar el movimiento. Esto y muchísimo más es lo que aporta el magnífico trabajo interpretativo de González Calleja, sustentado por una base documental amplísima. Libro del todo básico para entender el subsuelo resbaladizo de cómo se gestó el golpe de Estado que conllevó una férrea y cruel dictadura.

Antoni Gavalda
(Universitat Rovira i Virgili)

Ángel Bahamonde Magro (ed.): *La España del Frente Popular*. Madrid: Casa de Velázquez (*Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle Série*, 41-1) 2011. 340 páginas.

El dossier al que hace referencia el título de esta reseña versa sobre el período republicano iniciado tras las elecciones generales de febrero de 1936 con la victoria de la coalición de izquierdas que adoptó el nombre de Frente Popular. A lo largo de los diversos capítulos que firman siete historiadores especializados en aquel tramo histórico (François Godicheau, Eduardo González Calleja, Ángel Bahamonde Magro, Francisco Sánchez Pérez, Rocío Navarro Comas, Chris Ealham y Roberto Ceamanos Llorens), se repasan algunas de las cuestiones recurrentes en la

historiografía acerca del tema sobre las que se vuelve con criterio analítico y a las cuales van dirigidas algunas propuestas novedosas de interpretación. De este modo, se entra en la utilización de la propia denominación de Frente Popular en la literatura especializada en el tema, un uso que muestra las diferentes realidades socio-políticas observadas desde su acepción como coalición electoral hasta su proceloso devenir durante los difíciles años de la Guerra Civil, que incluye acepciones distintas desde 1936 hasta 1938.

Todo ello afecta a la consideración historiográfica del periodo poniendo de nuevo en discusión la vieja visión del *frentepopulismo* del 36 como un periodo convulso y precedente necesario para el estallido de la guerra. No resulta irrelevante volver sobre esa antigua visión vista la dimensión que en la publicística e incluso en la producción académica más conservadora está volviendo a tener la denominada “primavera revolucionaria”. Ello enlaza con la constatación de la importancia de la conflictividad social y política durante esos meses y, especialmente, de las expresiones abiertas de violencia política. Que ello fuera ingrediente del argumentario de los sublevados para justificar su derecho a un golpe preventivo no es óbice para volver sobre la caracterización de aquellos meses de febrero a julio y la dinámica crítica que los marcó. Se aporta un balance de aquella violencia desde una tipología más matizada que la en boga usualmente, en la que cuenta saber a ciencia cierta quiénes fueron sus protagonistas, sus ritmos, sus ámbitos, sus motivaciones y consecuencias. Lo concluido tras dicho análisis muestra, como ya se sabía, aunque parcialmente, que no hubo una violencia dirigida a la toma del poder de un modo revolucionario ni que, de modo paralelo, la violencia de la extrema derecha quedara vinculada a maneras de actuación

contrarrevolucionaria paramilitar fascista. Todo apunta a pensar que hubo una fragmentación notable en todos los ámbitos importantes de la política, partidos, sindicatos e instituciones, si tomamos la violencia política como tema transversal durante ese tramo cronológico.

De enorme interés resulta el análisis que en esta obra aporta la formación del discurso en el seno de ámbitos del ejército dirigido a resaltar su papel troncal en la solución inexcusable y salvífica ante el peligro “revolucionario”. Con ropaje conservador y reflejo de valores tradicionales, ese discurso postulaba la necesidad de la intervención del ejército ante el considerado desorden social y desgobierno, esto es, se configuró como parte del problema apostando con y por las fuerzas conservadoras recelosas de las reformas emprendidas en aquella primavera, mediante la elaboración de un discurso ideológico que autoasignaba al ejército la capacidad axial en la resolución de los problemas políticos.

Igualmente vuelve a resaltarse lo que en numerosos estudios de ámbito más reducido se decía acerca del componente de la conflictividad social durante aquella primavera. Conflictos sociales los hubo, pero nunca con carácter revolucionario ni especialmente violento. La victoria de la coalición que conformó el gobierno de Frente Popular abrió una coyuntura de enorme agitación y movilización, pero en modo alguno puede esa conflictividad social ser equiparada a preparativos revolucionarios de ningún tipo. Lo sabíamos para los casos emblemáticos de Córdoba, Extremadura, Cataluña, Vascongadas, Navarra, o Aragón, pero conviene volver sobre ello cuando de nuevo se oyen voces que insisten en que la oleada de huelgas hizo inevitable la consumación del golpe de Estado, puesto en marcha precisamente cuando la conflictividad socio-laboral todavía no había tomado las dimensiones

posteriores y sin que, en ningún caso, el gobierno estuviera sometido a presiones de tal calibre que modificara su ya de por sí apuesta moderada por las reformas.

En esa dinámica, la actitud adoptada por la CNT es de enorme interés en cuanto tiene de revisión de su propia estrategia y política de alianzas. Por decirlo de alguna manera, tras la experiencia de octubre de 1934 en Asturias todo empezó a ser distinto y la posibilidad de establecer alianzas con otros sectores organizados del movimiento obrero no quedó en un imposible, como había sucedido durante el primer bienio. Fracasado el golpe de Estado e iniciada la Guerra Civil esa tendencia de acercamiento y participación en una alianza antifascista se hizo realidad aun en medio de enormes problemas entre los organismos directores anarquistas y las bases anarcosindicalistas. Todo ello, como también es conocido, explica la entrada de diversas personalidades en el gobierno de Largo Caballero y las tensiones que generó la reconstrucción del Estado republicano, lo que nos lleva a los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona como momento máximo de ese dispar comportamiento en el seno de la CNT.

La percepción recíproca de los gobiernos frentepopulistas español y francés es tema novedoso, especialmente en lo referente a la recepción de los sucesos españoles por parte del Partido Comunista francés, cuyas valoraciones se dirigieron a reafirmar las posturas comunistas mantenidas por el PCE y la estrategia general del comunismo internacional. Los sucesos iniciados desde la implantación de la república en 1931, interpretados en ese momento desde un punto de vista izquierdista y poco amigable con los gobiernos republicano socialistas, dejó paso a una defensa de la república a partir del viraje de 1935, aplaudiendo el papel de republicanos de izquierda y de socialistas particularmente tras el triunfo en las urnas de febrero de 1936. Fue en ese

momento cuando el PCE saludó el nuevo momento político como la coyuntura específica que permitiría la derrota del fascismo y la culminación de las reformas iniciadas cinco años antes.

La visión que aporta esta publicación es compacta y homogénea frente a las numerosas consideraciones que pueden hacerse sobre la primavera *frentepopulista*, superando la posible dispersión tanto temática como de autoría que podía haber mellado un tema últimamente tan actual como la discutida última fase reformista de la república. Subrayemos pues la coherencia de un texto en momentos en los que priman entregas de viejos *remakes*, aunque se presenten bien revestidos académicamente, sobre los problemas de aquel periodo.

Emilio Majuelo Gil
(Universidad Pública de Navarra)

María Enriqueta Cózar Valero: *Inmigrantes andaluces en Argentina durante la Guerra Civil y la posguerra (1936-1960)*. Sevilla: Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces 2012. 275 páginas.

En las últimas décadas, la historiografía sobre las migraciones ultramarinas españolas ha experimentado un notable crecimiento, tanto en lo que hace a la cantidad de textos editados, la variedad de los destinos analizados y el abanico de temas abordados. Ello es particularmente cierto en el caso de Argentina, país que en el balance de los siglos XIX y XX fue para España el más importante de sus destinos allende el océano, pues recibió entre 1857 y 1960 alrededor de 2.237.000 migrantes de ese origen. Gracias a la atención que los científicos sociales han prestado tanto al caso español “genérico” como a algunos de sus grupos étnico-regionales más

importantes, contamos hoy con numerosos estudios de caso, y también con algunas obras de síntesis, que han permitido la comprensión (bien que con significativas diferencias según el grupo del que se trate) de cuestiones tales como los factores macroestructurales y microsociales del fenómeno, la inserción espacial y laboral de esos inmigrantes en sus principales destinos argentinos (Buenos Aires, su periferia y la región pampeana), las dinámicas de sus diferentes formas asociativas, la aparición y desarrollo de identidades alternativas u opuestas a la española, las características de sus dirigencias y liderazgos, las imágenes, estereotipos, prejuicios y formas latentes o concretas de xenofobia, el rol de la mujer, etc.

No obstante, la mayor parte de esas investigaciones toma como objeto de estudio el caso de Buenos Aires y/o la etapa de inmigración “masiva” (1880-1930), siendo todavía escasas las que sobrepasan la línea de 1930/1936, o se ocupan de lo sucedido en otros puntos del territorio argentino. De tal modo, sólo en ocasiones iluminan las características de las corrientes desarrolladas entre el final de la Segunda Guerra Mundial y 1960, cuando la Argentina volvió a ser el principal destino de la emigración española a Latinoamérica. Consecuentemente, era notoria la necesidad de nuevos estudios que, asimismo, desagregasen los flujos migratorios al máximo posible, pues las medias nacionales casi siempre constituyen meras ficciones estadísticas, que ocultan las —a menudo radicales— diferencias regionales y provinciales que las subyacen y, en consecuencia, acaban distorsionando la realidad que pretenden reflejar. Del mismo modo, resultaba claro que esos trabajos debían asentarse sobre firmes bases estadísticas y a partir de una masa de información suficientemente amplia, lo que permitiría un aceptable nivel de refinamiento analítico

a partir de amplias desagregaciones que —aun así— continuasen siendo estadísticamente significativas.

Esto es, precisamente, lo que nos ofrece la reciente obra de María Enriqueta Cózar Valero, *Inmigrantes andaluces en Argentina durante la Guerra Civil y la posguerra (1936-1960)*. Investigadora de dilatada y reconocida experiencia en el análisis de la realidad andaluza, y de las migraciones intrapeninsulares, europeas y ultramarinas de dicha región. La obra se estructura en cuatro capítulos, un epílogo, un anexo estadístico y cartográfico, y un listado de fuentes y bibliografía. En el primer capítulo se describen las características de la principal fuente de su investigación, las “listas de desembarco” que la Dirección General de Inmigración argentina requería a los comandantes de los navíos de ultramar que tenían por destino el puerto de Buenos Aires. Se trata de una documentación que, como el trabajo de Cózar Valero demuestra ampliamente, encierra una gran riqueza para los historiadores de las migraciones, puesto que proporciona información nominativa de carácter demográfico, socioprofesional y territorial. De tal modo, hace posible la elaboración del perfil individual de los migrantes españoles a partir de variables tales como su provincia de origen, sexo, ocupación en España, puerto de salida, buque en el que realizó la travesía, fecha de llegada a Buenos Aires, edad, estado civil, destino (declarado) en la Argentina, etc.

El segundo capítulo constituye un breve análisis de la política migratoria argentina entre 1930 y 1960. Desde comienzos de la primera década, esa política se volvió cada vez más restrictiva y selectiva, evidenciando la preocupación de los sucesivos gobiernos por impedir el ingreso de aquellos elementos que, ya fuese por razones ideológicas o por criterios de selección basados en el origen de los migrantes, eran considerados “indeseables”. Esta actitud,

que afectó particularmente a los republicanos españoles que debieron exiliarse por causa de la Guerra Civil de 1936, no desapareció con el cambio de década, e incluso se profundizó. No obstante, la estrategia industrializadora y poblacionista desarrollada por Argentina bajo la presidencia de Juan Domingo Perón (1946-1955) requería de abundante mano de obra extranjera. De tal modo, impulsado por el interés en atraer tanto mano de obra agrícola con fines de colonización como otra cualificada para su política de industrialización, y también por su afán de seleccionar el aporte inmigratorio de acuerdo a determinadas características étnicas, ideológicas, etc., el gobierno peronista suscribió en 1948 un acuerdo migratorio con España. Pero aunque el mismo contemplaba tanto modalidades de inmigración dirigida como espontánea, fue esta última la que, con una diferencia abrumadora, utilizaron los inmigrantes hispanos.

Desde los tiempos coloniales, los andaluces fueron uno de los grupos hispanos más numerosos en el territorio de lo que andando el tiempo fue Argentina, y desde finales del siglo XIX el país se convirtió para los emigrantes de Andalucía en el más importante de sus destinos americanos. Debido a ello, quienes entre 1936 y 1960 emprendieron el camino a la república austral generalmente contaban ya con familiares, amigos o paisanos en el país que facilitaron su ingreso a ella a través de las omnipresentes “cartas de llamada”. Además, en innumerables ocasiones asumieron también el costo de su estancia y manutención durante su primera etapa de vida en el país, tal y como exigían las disposiciones vigentes. Al análisis de esta corriente migratoria se avoca el capítulo tercero, indudablemente la parte principal del trabajo y sustento de sus principales aportes. El primero de sus apartados presenta una mirada global sobre

el flujo migratorio andaluz en el período mencionado. El mismo se hallaba compuesto por unas 26.500 personas, número que representaba algo más del 11% de los 295.500 españoles que la fuente registra ingresando por el puerto de Buenos Aires, y que (aunque muy por detrás del mayoritario grupo gallego, que representaba casi el 49% del total) hicieron de Andalucía la segunda región con mayor presencia en el flujo migratorio hispano en aquel cuarto de siglo. El momento culminante de esta corriente se dio entre 1949 y 1952 (57,7% del total), siendo 1950 el año más alto en la curva migratoria andaluza, al que siguió un descenso que fue lento al principio y brusco a partir de 1953. Durante aquellos años se verifica una notable participación de la mujer en las corrientes que se desplazaban de España a la Argentina, que en el grupo analizado por Cózar Valero representó el 47,5% del total, una proporción indudablemente más importante que en el período anterior a 1930, y que cabe atribuir a la mayor presencia de grupos familiares completos, a la reagrupación familiar y también a una importante incorporación a los flujos de mujeres solteras o viudas que viajaban de manera autónoma. Asimismo, existió una notoria primacía numérica de los nacidos en las provincias de Almería, Granada y Málaga donde, además de una importante presencia histórica en la emigración a Argentina, existía un neto predominio del minifundio, lo que las diferenciaba del resto de la región, eminentemente latifundista. Para la autora, aquel régimen de división de la propiedad rural de las provincias orientales, jugó un importante rol posibilitador, que se nos antoja tan importante como el que —cuando menos hasta 1930— ha sido atribuido al caso gallego (aunque en éste la enajenación definitiva de la tierra fue más bien la excepción).

No obstante, dentro del marco temporal analizado los flujos no presentan características uniformes, siendo posible detectar importantes cambios en su composición que, a su vez, se relacionan con mutaciones significativas dentro del contexto político y económico de España y la Argentina. Debido a ello, el trabajo prosigue con un largo y minucioso análisis de las características del grupo migratorio andaluz en tres momentos distintos: 1936-1940, 1941-1950 y 1951-1960. En el primero de ellos, condicionado por la coyuntura bélica española y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, la cantidad de andaluces implicados no sólo es muy baja, sino que su participación relativa dentro del total español lo es todavía más (apenas el 4,6% de los 10.625 españoles que arribaron al puerto de Buenos Aires en esos años). En tal contexto se verifica una participación femenina inusualmente alta (53,1%), como también lo es la edad media del grupo (40,2 años) y la proporción de personas casadas (60,3% los hombres, 43,6% las mujeres). Se trata, además, de una población que es mayoritariamente activa en el caso de los varones (88,6%) y fundamentalmente inactiva en el femenino (17%). En ambos casos, sin embargo, dada la cualificación de las profesiones declaradas, se trata de un grupo “selecto” en relación a la situación socioeconómica en su región de origen, y también de compararlos con las características predominantes en los flujos migratorios en las dos décadas siguientes. Por otra parte, dada la coyuntura bélica del trienio 1936-1939, la mayoría partió hacia Argentina desde puertos no españoles, fundamentalmente franceses. Un porcentaje pequeño pero significativo de estas personas (con variaciones del 14,7 al 17,5%, según el sexo) manifestó su deseo de regresar a España, dato que guardaría relación con la presencia de refugiados que ansiaban retornar a su tierra cuando las condiciones políticas se lo permitieran, pero

también con una estrategia para lograr ser admitidos en el país aún sin la totalidad de la documentación requerida por las restrictivas medidas migratorias imperantes. Por último, en una elevada proporción (el 42,5% de las mujeres y el 58% de los varones), declararon haber estado ya en el país, dato que parece avalar lo señalado para otros grupos regionales (por ejemplo, Núñez Seixas, Fariás 2009), respecto a cómo la antigua emigración económica influyó en los caminos tomados por los exiliados.

A lo largo del segundo subperíodo (1941-1950), pero sobre todo tras el final de la Guerra Mundial, asistimos a un reinicio de las migraciones de andaluces (y de otros españoles) a Argentina, alentadas por la correspondencia epistolar entre parientes y amigos a ambos lados del Atlántico, la paupérrima situación de España (tan contrastante con la boyante realidad argentina), y por las facilidades que ofrecen los acuerdos suscriptos entre el régimen franquista y el gobierno peronista. En aquellos años arribaron a Buenos Aires 122.774 españoles, de los que 10.536 (el 8,6%) habían nacido en Andalucía. Sin embargo, la participación de esta región no sólo aumenta en términos relativos y absolutos, sino que también se modifica internamente. A medida que el número de emigrantes crece, se produce un descenso relativo en la participación femenina, que cae al 45,1%. Se observa también un descenso en el promedio de edad de los migrantes (29,1 años), como consecuencia de la llegada de una importante proporción de población infantil en los últimos años de la década, derivada a su vez de una composición de los flujos acentuadamente más familiar. Asimismo, la presencia de un creciente número de menores de edad (y de un número más o menos relevante de ancianos) determinó una caída en la población económicamente activa, que en el caso de los hombres descendió al

74,2%, mientras en las mujeres la proporción descendía hasta el 5,8%. Además, cambió el perfil socioeconómico de los migrantes, dominado ahora, para la autora, por la presencia mayoritaria de emigrantes económicos de una región predominantemente agrícola, según lo refleja el hecho de que el 45,3% de los varones que declaran haber trabajado en actividades agrarias, de silvicultura o pesca; mientras, dentro del escaso número de mujeres que declaraban alguna ocupación, una proporción importante se hallaba adscripta en el sector servicios, en actividades tradicionalmente consideradas femeninas (fundamentalmente sirvientas). Tanto en esta década como en la siguiente, la mayoría de los andaluces que tomó el camino a Argentina partieron desde puertos españoles, mayoritariamente de Cádiz. Desde entonces, el único de los embarcaderos extranjeros que presentó un porcentaje significativo fue Santos, lo indica que en una proporción minoritaria –pero igualmente relevante– de los casos, Brasil fue el primer destino para muchos andaluces (muy numerosos en la zona paulista, como ha demostrado Marília Klaumann 2007, 2009), y el punto de partida de una significativa reemigración a la Argentina. En cualquier caso, tanto en la década de 1940 como en la siguiente, se trataba de personas que en su gran mayoría declararon la intención de radicarse definitivamente en este último país, disminuyendo notablemente los que argumentaban ser pasajeros en tránsito hacia otro, un recurso que –como ya señaláramos– solían emplear quienes no tenían toda su documentación en regla. El hecho de que esa estrategia –destinada a burlar la vigilancia de las autoridades migratorias– fuese cada vez menos utilizada, demuestra el buen funcionamiento de las redes sociales preexistentes, capaces de proveer a los nuevos migrantes todo lo requerido para su ingreso al país.

Y también que la emigración andaluza a Argentina fue desde entonces un éxodo con voluntad de no regresar.

Para Cózar Valero, al despuntar la década de 1950, el desequilibrio estructural entre el latifundio y el minifundio en las zonas rurales de Andalucía continuó obligando a parte de su población a emigrar, tanto a las capitales provinciales como a otras ciudades españolas (Barcelona, Madrid, Bilbao) con mayores posibilidades económicas, un movimiento que también alcanzó a muchos de los que residían en las zonas urbanas andaluzas. Pero durante los primeros años de la década, Argentina continuó siendo el destino preferido para los que abandonaban España, como lo prueban los 15.569 andaluces que aparecen registrados entre los 162.265 españoles ingresados por Buenos Aires (9,6%) entre 1951 y 1960. Sin embargo, la prosperidad argentina resultó breve, y a partir de 1951 el país se sumergió en un ciclo de recurrentes crisis económicas y políticas. A ello se sumó la aparición de nuevos y tentadores destinos, primero en América y luego en Europa. La combinación de estos factores determinó una brusca caída de los flujos migratorios hacia aquel país, que decrecieron de manera notable a partir de 1953, hasta volverse casi imperceptibles durante el último tercio de la década. No obstante, aquellos escasos años positivos bastaron para consolidar a los andaluces como el segundo grupo regional hispano numéricamente más importante del país. Por entonces, la participación femenina volvió a ascender hasta representar en promedio el 49,2% del total (incluso alcanzaría porcentajes más elevados en los años posteriores a 1952), contribuyendo a ello la llegada de familias completas y la reagrupación familiar. La edad media del grupo volvió a trepar (33,3 años), mientras que el ligero descenso –respecto del subperíodo anterior– de la población económicamente activa (70,6% entre los varones y 4,9% en

las mujeres) se hallaría relacionado con el aumento de los migrantes en edad escolar y preescolar, y de los mayores de 60 años. En cuanto a las profesiones declaradas, el análisis de la fuente revela un incremento de las características observadas en el subperíodo anterior, pues en el caso masculino la mayoría (51,7%) corresponde a ocupaciones ligadas al sector agrario (incluyendo una importante cantidad de bodegueros/vinateros, técnicos en aceites y peritos agrícolas, cuya presencia debe relacionarse con el desarrollo de la producción de vid y olivo en las provincias de Mendoza y San Juan), en tanto que entre las escasas mujeres que declaran alguna ocupación, el 35,6% se hallaba vinculada al sector servicios. Así, aunque ese perfil socioprofesional poco tenía que ver con los deseos del gobierno argentino de atraer inmigrantes cualificados para su industria, sí se correspondía con su estrategia poblacionista.

Después de tan concienzudo análisis, Cózar Valero señala que, sin embargo, no basta con la escala regional para comprender acabadamente las características sociodemográficas de las migraciones andaluzas a Argentina. Al igual que ocurre con las medias nacionales, los indicadores regionales pueden enmascarar realidades diferentes, que sólo se ponen de manifiesto conforme se desciende a la escala provincial u otras inferiores. Atento a ello, la autora realiza, a partir de las variables ya comentadas, un nuevo examen de su base de datos, centrándose ahora en cada uno de los casos provinciales. De ese modo, junto a algunas coincidencias y continuidades en el tiempo, detecta una serie de diferencias demográficas y socioeconómicas que, en ocasiones, se transforman en importantes contrastes en lo que hace a los índices de masculinidad, estado civil, nivel de actividad económica, tipo de trabajo desempeñado en España, nivel de cualificación o destino en Argentina.

Como es por demás lógico, la fuente no presenta una calidad similar en todas las variables analizadas. Así, por ejemplo, se pone de manifiesto al observar la proporción exageradamente elevada (dada la situación imperante en la tierra de origen) de personas supuestamente alfabetizadas, un problema que la misma autora se ocupa de señalar (p. 61, n 169). Del mismo modo, el punto de asentamiento en Argentina declarado por los migrantes podía ser una mera declaración para cumplir con un requerimiento administrativo, o un lugar de residencia transitorio si no cumplía con las expectativas en él depositadas. No obstante, como se explica en el siguiente capítulo, la comparación de las direcciones declaradas por quienes llegaron al país durante las décadas de 1940 y 1950 y el padrón consular de 2009, revela que en aquellas los andaluces se orientaron menos que en el pasado hacia sus destinos tradicionales de la ciudad de Buenos Aires, su periferia y la provincia homónima, aumentando en cambio la proporción de los que se dirigieron al interior argentino, particularmente las provincias cordilleranas de Mendoza y San Juan, donde tuvieron una importante y perdurable inserción socioprofesional en el cultivo de la vid y del olivo. De tal manera, es entonces cuando acaba por configurarse el que hasta hoy es el mapa de la distribución territorial andaluza en el país. Por otra parte, quizás sea la mayor limitación de la fuente utilizada, el hecho de que la misma en nada ayuda a la necesaria delimitación entre emigración “económica” y aquella otra más vinculada a motivaciones políticas, cuya importancia, sin embargo, debió haber sido grande en una tierra como la andaluza, donde la represión de la guerra civil y de la posguerra fue superlativa.

El capítulo cuarto presenta, de manera sintética, las historias de vida de 28 andaluces radicados en el país, elaboradas a

partir de otras tantas entrevistas personales realizadas por la autora. Ello constituye un interesante complemento al análisis cuantitativo anterior, al tiempo que demuestra los buenos resultados que es posible esperar de la combinación de ambos tipos de fuentes. Entre otros ítems, permite corroborar el peso variable de los factores socioeconómicos y sociopolíticos a la hora de abandonar España, la diversidad de trayectorias posibles, y cómo el movimiento migratorio se apoya en redes dentro de las cuales los vínculos familiares y de paisanaje juegan un rol principal. Pero, además, como hace tiempo señalara Dora Schwarzstein (2001), estas fuentes no sólo contribuyen a revelar las características del proceso migratorio, sino también lo que la gente sintió habiéndolos vivido. De tal modo, constituyen un instrumento fundamental para la comprensión de su mundo interno, permitiendo observar cómo la subjetividad, conocimientos, sentimientos, fantasías, deseos y sueños de los individuos, la familia y la comunidad, dan forma y sentido a la experiencia migratoria.

El Epílogo, elaborado a partir de las bases de datos de los cinco consulados españoles que actualmente funcionan en el país y del Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero (PERE) de 2011, posibilita conectar lo observado en el período 1936-1960 con la situación del grupo hoy en día. Destaca particularmente la relación directa entre la última oleada migratoria y el hecho de que, al comenzar la segunda década de la presente centuria, la comunidad andaluza en Argentina (los emigrantes *stricto sensu* y sus descendientes) constituya, según el PERE, la mayor agrupación de naturales de Andalucía fuera de España (41.982) y el segundo grupo migratorio hispano en el país austral (12,1%). Una comunidad mayoritariamente asentada en el Área Metropolitana de Buenos Aires, pero con una fuerte presencia relativa en algunas

provincias del interior, en particular Mendoza. Es, también, una colectividad feminizada (53,4%) y envejecida, aunque resulta probable que tanto su número como el promedio de edad del grupo se modifiquen sensiblemente, una vez termine el proceso de acceso a la nacionalidad española motorizado a través de la disposición 7ª de la Ley 52/2007 (conocida como Ley de la Memoria Histórica).

Resumiendo lo dicho, la combinación de fuentes cuantitativas y cualitativas, y del enfoque macro con el micro, hace el trabajo de Cózar Valero una contribución imprescindible para el conocimiento de la inmigración andaluza en Argentina. Resulta evidente, además, que por su esfuerzo en comparar el cuadro general español con la especificidad del caso andaluz, la obra puede ser valorada también como un aporte sustancial al conocimiento de la inmigración española *genérica* en el país. Y que, naturalmente, deja abierta la puerta a la utilización de la misma metodología y fuentes al análisis de otros casos de migraciones regionales españolas a la República austral. Porque, parafraseando a José Carlos Moya (2004), prueba que —sin menoscabo a su empleo combinado con fuentes de otra naturaleza— la historia social continúa ganando en la aplicación de métodos cuantitativos.

Ruy Farías
(UNGS-CONICET-MEGA)

Juan Carlos Sánchez Illán (dir.): *Diccionario biográfico del exilio español de 1939: los periodistas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica (Biblioteca de la Cátedra del Exilio) 2011. 594 páginas.

Un diccionario de la disciplina que sea —en este caso de Periodismo— no es una obra baladí. Requiere una dirección

metódica, unas premisas de trabajo claras, unas dosis de trabajo persistente de los colaboradores, un definir quiénes deben ser incorporados y quiénes no en el elenco de nombres que surgen, un rastrear una variedad de fuentes primarias y secundarias, y en el caso que nos ocupa, orales, ... con el agravante de que siempre queda en el tintero la duda de si se ha acertado en algunos de los nombres propuestos y que forman el corpus del libro. Esto último se justifica, sobradamente, en el artículo-prólogo del director en un intento de dar cobertura a la omisión de posibles personas que no salen en el libro, aspecto que con ser cierto, en este caso parece que no tiene un peso determinante para poder valorar el ingente trabajo que se escuda detrás de la obra. En el volumen intervienen nueve investigadores: Pedro Luis Angosto Vélez, Pilar Domínguez Prats, Matilde Eiroa San Francisco, Javier González Antón, Rocío Navarro Comas, María Teresa Sandoval Martín, Josep Maria Sanmartí Roset, Luis Zaragoza Fernández y el director, Juan Carlos Sánchez, vinculados mayoritariamente con la Universidad Carlos III de Madrid.

En el artículo-prólogo, claro y en el que se fijan las premisas de trabajo, se señala la metodología de la investigación, sobre una base de obras ya publicadas, algunas básicas y otras colaterales en cuanto a información y acercamiento al proceso de visualizar el periodismo desmochado. A partir de una ficha en la que se indican los ejes básicos de la persona merecedora de una entrada –lugar y fecha de nacimiento y muerte; formación académica, trayectoria profesional y política previa al exilio; vicisitudes en el exilio; labor profesional y editorial en el exilio; y aproximación bibliográfica–, la investigación se activa en función de las fuentes, con lo que los resultados de las fichas son desiguales, ya que frente a algunas completísimas

aparecen otras con informaciones taquígráficas, justificadas por la dificultad de completarlas con más referentes. Las dificultades de visualizar una información más amplia de ciertos periodistas, editores, autores y creadores que se insertan en el volumen, se debe a la riqueza alta o baja de las fuentes, debiéndose constatar la excepción de aquellos que dejaron rastro, entiéndase políticos y personas con pluma fina, que siguieron colaborando en prensa de amplia resonancia. En esta valoración se destaca la dificultad de pormenorizar datos de periodistas que cambiaron de profesión, que fueron trotamundos en el sentido de no poder fijar una residencia estable, añadido también al silencio del periodismo del exilio interior, silenciados al ser considerados periodistas malditos, en un ostracismo sangrante que llevó a ignorarlos incluso sin notas necrológicas en la prensa reconvertida de la dictadura española, en los mismos periódicos en los que habían trabajado activamente durante la República. La tarea, por lo que se intuye, no ha sido nada fácil para la recuperación de las más de 300 personas que salen en la obra. De cada autor se desvela lo indicado en la ficha, y además la obra más destacada que aportó en formato de opúsculos y libros, con un apartado final de la bibliografía y fuentes de la que se ha entresacado el material.

Por lo indicado estamos ante una obra necesaria de recuperación histórica, básica para entender lo que significó la funesta dictadura del general Franco, que comportó el descabezamiento de la élite reflexiva de un país, la que daba opinión, la que informaba a través de sus ideas y de su medio informativo de los avances y retrocesos de una República a la que se pueden objetar vacilaciones, pero que hizo gala de una libertad de prensa para poder defender los posicionamientos dispares y aun en contra del sistema democrático que se había otorgado la población. Para una

ampliación necesaria en otros volúmenes –se indica en la contraportada como primer volumen–, si fuere también del periodismo sería interesante la circunstancia de remarcar la temática específica base del periodista, en la que centró su ojo particular, y una ampliación necesaria de los periodistas locales y comarcales, en periódicos esparcidos por todas las tierras del Estado, donde los vigías de la libertad padecieron la represión en formato de enmudecimiento obligado. Ello no significa una reformulación de lo escrito en este volumen, ya que estamos ante una obra inicial, de muy buen nivel, que informa y forma, condiciones básicas para ser una obra de referencia.

Antoni Gavalda
(*Universitat Rovira i Virgili*)

Francisco Sevillano: *Franco, Caudillo por la gracia de Dios*. Madrid: Alianza 2010. 348 páginas.

La figura de Franco, hasta hace unos años un dictador casi olvidado –tal y como diría Enrique Moradiellos en el año 2002–, ha pasado a ser una fórmula casi segura para acaparar el interés de un amplio público. Sobre todo, el dictador sigue siendo un personaje altamente controvertido, hecho que se refleja en apasionados debates mediáticos en torno suyo. Recordemos al respecto la polémica suscitada a raíz de la reseña biográfica de Franco, publicada en el *Diccionario biográfico español* de la Real Academia de la Historia. Su autor –y declarado admirador del “Caudillo”–, Luis Suárez Fernández, evitó toda mención a la brutal represión franquista, cuyo conocimiento real está, desde hace años, conmoviendo la sociedad española, e incluso eludió

la utilización del concepto de dictador o dictadura.

La presente biografía se posiciona en este contexto, pues trata de uno de sus aspectos centrales, que es la percepción del régimen y de su dictador como resultado, supuestamente, de la divina providencia. Francisco Sevillano, sin embargo, evita en este caso entrar en valoraciones polémicas y se limita a reproducir, y eso extensamente, la narración del discurso propagandístico en torno a Franco así como a su exaltación como caudillo. Para ello, el autor se basa tanto en publicaciones de prensa como *Arriba* o la salmantina *Gaceta Regional*, primer periódico controlado por los sublevados y dirigido por Juan Aparicio, así como en publicaciones coetáneas. Además, en la presentación cronológica de las fuentes, el autor nos desglosa a lo largo de un periodo comprendido entre los años 1936 y 1947 el calendario festivo del primer franquismo, así como las formas de representación simbólica del caudillaje de Franco.

Sin duda, al basarse en la consideración de que el lenguaje de las fuentes, sumamente extraño para lectores de hoy, habla por sí solo, Francisco Sevillano no sólo evita valoraciones; un tanto lamentable resulta al respecto que tampoco entre en un análisis pormenorizado de las mismas. Una sintetización y estructuración de las fuentes hubiera podido aportar resultados interesantes y novedosos, tanto más al utilizar como telón de fondo el concepto webneriano del carisma.

En este contexto también hubiera sido esclarecedor si en momentos determinados, las fuentes hubieran sido contextualizadas; así, por ejemplo, en vistas de las intensas llamadas a la unidad que se producen a partir de otoño de 1943 y que tienen su origen en la agitación vivida por parte de los sectores monárquicos, que

temían por su futuro ante la pervivencia del régimen.

Al igual y dentro del planteamiento del ejercicio del poder carismático, cabría plantearse si con la ley de sucesión de 1947 se llegó realmente a la institucionalización del régimen en el sentido webneriano; quizás fuera más plausible tomar como referente la firma de los acuerdos del año 1953, que de hecho estabilizaron definitivamente la dictadura, lo que, por lo demás, también queda reflejado en un significativo cambio en el discurso político de Franco a partir de entonces.

Además, la gran cantidad de ejemplos de la retórica del momento así como la descripción hartamente minuciosa, año tras año, del protocolo de los actos de celebración resulta un tanto repetitiva en su conjunto.

Una cuestión tratada repetidamente por la historiografía es la discutible utilización del concepto de “religión política” para caracterizar la dictadura de Franco. Está fuera de toda duda que la dictadura politizó y se apropió de la Iglesia y de la doctrina católica, pero al contrario de lo ocurrido en la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, creándose un propio mundo místico y religioso —y en este sentido fue concebido originalmente el término de “religión política”—, el régimen de Franco se mantuvo estrictamente dentro de los límites de la doctrina romana. Según resaltan autores como Giuliana di Febo fue precisamente esta circunstancia un hecho diferencial al respecto.

El presente estudio es sin duda altamente interesante como recopilación extensa de fuentes de prensa, así como de extractos significativos de publicaciones coetáneas que aproximan al lector a las circunstancias del momento. Un lector no especializado y no aficionado precisamente a la retórica patética de entonces, quizás hubiera deseado un mayor énfasis en el análisis interpretativo

de dichas fuentes, sin necesidad de llegar a la polémica tan en boga actualmente.

Carlos Collado Seidel
(*Universität Marburg*)

Laura Zenobi: *La construcción del mito de Franco*. Madrid: Cátedra 2011. 364 páginas.

¿Cómo hizo el franquismo para sobrevivir a la estrepitosa caída de los fascismos y adaptarse a la lógica dicotómica de la segunda posguerra? Por esos años, tal vez el único punto de contacto entre los polos ideológicos que organizaban la agenda internacional era el rechazo al tipo de régimen que Franco encabezaba. En ese marco, ¿de qué manera logró el franquismo conservar y reproducir su legitimidad? Para la autora, una de las claves explicativas de este fenómeno se encuentra en la construcción del mito de Franco. Este libro explora el aparato propagandístico montado por el régimen para la invención del líder del régimen. Dicho aparato encontró suelo fértil en una sociedad embarcada en un proceso de asimilación de una experiencia bélica que agotó capacidades y recursos individuales. Para Zenobi, metabolizar la guerra requirió de las panaceas y sentidos épicos que el régimen construyó en torno a ella y que colocaban a Franco en el centro. Esta construcción operó directamente sobre la memoria histórica, creando una noción esencialista acerca del ser español que se articulaba en torno a los valores e ideales impulsados por el régimen y estableciendo el ascenso del *Caudillo* como el momento de su realización más plena. Su resultado fue la formación de un mosaico destinado, por un lado, a aglutinar todas las vertientes del movimiento, y por el otro, a consolidar una *comunidad nacional* cuyas virtudes estuviesen condensadas en

la figura de Franco, identificado a su vez con la esencia histórica de la *verdadera España*.

La primera parte del libro se detiene en algunos episodios de la vida de Franco, previos a su ascenso al poder. El interés de la autora no reside tanto en hacer una reconstrucción biográfica, sino más bien en recuperar ciertos acontecimientos que más tarde serían utilizados por los propagandistas en la elaboración del mito. Se trata, entonces, de narrar con rigor los episodios que más tarde serán reordenados, purgados y sistematizados por los biógrafos franquistas y reponer las circunstancias que favorecieron la glorificación del líder en dichos episodios. De esta manera, Zenobi desmitifica el relato de los propagandistas y, más interesante aún, dilucida las razones por las cuales dichos eventos —o más bien los sentidos construidos en torno a éstos— se transformaron en una valiosa materia prima para que los biógrafos oficiales los reformulen al servicio del régimen. El relato de los observadores contemporáneos a los hechos, que la autora recupera a través de la prensa, ya habían dotado de cierta aura de heroísmo al Caudillo, que los biógrafos se encargarían de poner de relieve. En ese sentido, el análisis de la autora contribuye a colocar la construcción del mito en un proceso de más largo plazo. Es posible observar en él la manera en la que el aparato propagandístico se sirvió de elementos preexistentes en el imaginario colectivo.

La segunda parte se centra en la deliberada construcción de un aparato propagandístico y de su marco institucional. Se narra el tránsito de una labor propagandística heterogénea, conflictiva y condicionada por el contexto bélico a otra más centralizada e institucionalizada. En 1936 Franco asumió el mando absoluto de los ejércitos, en 1937 pasó a encabezar el Movimiento Nacional y en 1938 se formó el primer

gobierno nacional. Estos cambios permitieron que la propaganda del Movimiento, que hasta entonces seguía líneas diversas en función de los múltiples idearios y liderazgos que convivían allí, comenzara a unificarse a partir del control estatal sobre las representaciones de la figura de Franco y las pautas de censura.

De esta manera, la propaganda del régimen se articuló de manera funcional con el proyecto político franquista y promovió la personificación de las acciones de gobierno. Esto se evidencia, por ejemplo, en la redefinición de la identidad del régimen a partir de la caída de los fascismos y el surgimiento de la Guerra Fría. La unificación e institucionalización de la propaganda le permitió trocar el discurso explícitamente fascista por uno nacional-católico y de esa manera reposicionar a Franco como el “centinela de Occidente” frente al peligro comunista. Zenobi muestra con agudeza que este proceso estuvo plagado de complejidades y tensiones, en particular hacia dentro del movimiento y sus células más recalcitrantes.

A partir de allí, la autora se detiene en las diferentes plataformas desde las cuales se desplegó la propaganda y las particularidades de cada una de ellas. Entre sus rasgos comunes, muestra que la propaganda funcionó, por un lado, a partir de la complementariedad entre la emisión de consignas y los mecanismos de censura. Este binomio operó de distintas formas según el medio que se tratara. Si en la radio y en la literatura, más que nada a partir de realizaciones del propio Estado, predominó la consigna por sobre la no del todo ausente censura, en el caso del cine la relación fue inversa. Por otro lado, la autora resalta que una de las estrategias propagandísticas que predominó en todos los medios fue la indistinción entre noticia y propaganda. Estos dos géneros convivían

indiferenciados en todas las plataformas privilegiadas por el régimen de Franco.

Otras vías de implantación del mito fueron el ejército y las escuelas, que en el libro ameritan un capítulo aparte. La propaganda en el ejército, especialmente en el contexto bélico, apuntaba a soldados sujetos al principio de autoridad –por vocación o por formación profesional–, y, por ello, más susceptibles al discurso de glorificación de Franco. Con respecto a la educación, se implantó un rígido control a fin de llevar adelante una pedagogía que promovía principios de obediencia y sumisión a la vez que exaltaba la figura del Caudillo. Con todo, estas plataformas –y predominantemente la radio– suplieron, según la autora, las carencias comunicativas del Caudillo y, en ese sentido, fueron pilares en la construcción del mito.

La tercera parte está dedicada al análisis de los rituales a través de los cuales, una vez institucionalizado, el régimen mostró su fortaleza, divulgó sus ideales y renovó periódicamente los lazos con la sociedad. En éstos, la ética franquista se potenciaba en una estética que se le correspondía para configurar y amplificar la imagen mesiánica de Franco. De esta manera, el régimen configuró un calendario de efemérides propio que funcionara como plataforma para su propia escenificación. La autora distingue en este calendario las celebraciones que tenían como fin resaltar las virtudes de Franco como político encabezando el gobierno nacional –el Día del Caudillo o el Día de la Unificación– de las celebraciones cuyo fin era presentarlo como héroe militar –el Día del Alzamiento y el Día de la Victoria–. Un lugar importante ocupaban, como indica la autora, los viajes de Franco a las provincias como mecanismo de reforzar el contacto con la sociedad. Zenobi sitúa estos viajes en continuidad con las visitas del Generalísimo a las trincheras, donde compartía momentos

cotidianos con los soldados asimilándose a ellos. En ese sentido, en éstas y en los viajes, la cercanía no diluía la jerarquía, sino que la reforzaba. Zenobi muestra cómo en todos estos rituales no sólo la puesta en escena sino también el relato periodístico de los sucesos ocupó un rol central en la construcción de consenso.

Hasta aquí, lo que deja en evidencia la autora es que el régimen, consciente de dirigirse a una sociedad de masas, utilizó todos los canales disponibles para divulgar el mensaje propagandístico. En ese sentido, la autora discute el alcance de la noción weberiana de carisma para explicar liderazgos contemporáneos. Para Zenobi, en una sociedad de masas el carisma es operativo siempre y cuando se retroalimente de una propaganda que se valga de medios modernos de expresión y divulgación.

Finalmente, la autora reconstruye rigurosamente el contenido de la propaganda a partir de sus dos ejes centrales, el discurso y la imagen. Ambos lenguajes se complementaron para construir un mensaje que abarcaba distintos temas y perspectivas y permitían cierta flexibilidad de puntos de vista. En efecto, la construcción de una *comunidad nacional* articulada en torno a la figura de Franco requirió que la propaganda fuese un “mosaico compuesto” cuyo fin era abarcar diversos sectores sociales –y la heterogeneidad de fuerzas que componían el Movimiento Nacional–.

En las conclusiones, aunque brevemente, la autora no elude el aspecto tal vez más desafiante en este tipo de trabajos: la cuestión de la recepción. Lo interesante del planteamiento de Zenobi en este aspecto es que escapa de una mirada esquemática al cuestionar la pertinencia del binomio consenso-oposición para describir las actitudes de la sociedad hacia el régimen de Franco. La autora se adhiere más bien a las visiones que sugieren que la sociedad española era más esquivada a las categorizaciones

antinómicas que proponía el régimen. Lo que primaba según esta perspectiva eran distintos grados de adhesión, consentimiento, resistencia y oposición, a veces conviviendo en un mismo individuo.

El franquismo, argumenta Zenobi, es un fenómeno cuya complejidad y duración impide explicaciones esquemáticas. Por ello, compone un libro complejo en análisis y ricamente documentado sobre un aspecto inexplorado del franquismo. Estas escasas líneas no alcanzan a hacerle justicia.

Mateo García Haymes
(Universidad de San Andrés)

Manuel Campo Vidal: *Adolfo Suárez. El presidente inesperado de la Transición*. Barcelona: RBA 2012. 176 páginas.

De nuevo alguien narra cómo percibió la traída y llevada Transición a la democracia española, un período tan fundamental en nuestra historia que no sólo admite el uso de mayúscula sino que, mucho más importante, tiene aún una considerable literatura por generar. Faltan libros, debates y fuentes nuevas. Hoy por hoy, con tantos testimonios de primera mano se hace demasiado parcial atender, en exclusiva, a esas versiones más recientes que hablan de la Transición como un pacto edulcorado que ha sabido “vender” lo conseguido a unas conformistas generaciones futuras. Tampoco es muy creíble ver las cosas sólo de manera idílica o superficial. Ni lo uno ni lo otro; más bien concluyamos que todavía hay mucho en lo que profundizar. Vayamos por partes.

El autor de estas páginas tiene reconocido prestigio. Manuel Campo Vidal es ingeniero técnico y doctor en Sociología, aunque se le conozca mucho más por sus labores periodísticas. Su imagen siempre

se asociará al primer debate electoral televisado en España; ocurrió en 1993, cuando Felipe González y José María Aznar intentaron convencer a todos los españoles de las bondades de sus respectivos programas electorales. Hablamos, por tanto, de un profesional respetado y consolidado que, en esta ocasión, quiere mostrarnos un testimonio personal de vivencias junto al presidente Adolfo Suárez y su análisis de lo que ha aprendido sobre él a través de entrevistas a treinta personalidades de la política española. Martín Villa, Sabino Fernández Campo, Gutiérrez Mellado, Manuel Fraga, Carlos Garaikoetxea, Ernest Lluch, Mário Soares, Aurelio Delgado, Jordi Pujol, Abril Martorell, Alfonso Guerra, entre otros, le fueron transmitiendo sus impresiones y el autor ha ido construyendo su relato apoyándose en ellas. Están grabadas en vídeo y se ofrecerán en formato documental.

En definitiva, el libro es un homenaje que, además, nos ayuda a pensar sobre el papel del primer presidente de gobierno democrático posterior al franquismo. Se ilustra esa historia normalizada que va rellenado huecos; ahonda en entresijos someramente conocidos y, otras veces, narra detalles de los cuales sabíamos algo más. Dado el bagaje del autor, lo transcendental es que ha sabido explotar las entrevistas que ha realizado a lo largo de su carrera; aprovecha muy bien la ocasión que ha tenido de conocer a los protagonistas en situaciones cotidianas, privilegio que siempre deja margen para un diálogo sereno y confiado. En estas peculiaridades radican los matices que aporta. Con todo, y esto será quizá el principal punto débil del libro, intuimos que sabe más de lo que dice y que ha sido excesivamente cuidadoso con lo que ha querido contar. Es muy prudente.

Nada de lo que se dice va a modificar la historia de nuestra democracia, probablemente tampoco son unas páginas

que hagan que el lector cambie de forma radical la idea que tuviera previamente sobre el presidente Suárez. Quienes hayan leído otros trabajos ya existentes sobre él verán que Campo Vidal toca temas muy atractivos, como son los discursos y la comunicación; lo más destacable, sin embargo, comparándolo con otros trabajos más sesudos o académicos sobre “el presidente inesperado de la Transición”, es que es lo suficientemente breve y conciso como para que aquellos jóvenes que no hayan leído nunca nada sobre Suárez se formen una idea clara de lo que significó. Este libro tiene una fluidez y una extensión perfecta para alumnos de bachillerato o estudiantes de comunicación, pues con él es fácil entender lo difíciles que fueron esos años en los que hubo que “elevar a la categoría política de normal lo que a nivel de calle [era] simplemente normal”.²

Lo bueno que tiene mirar al pasado con los ojos del presente es que nos inspira nuevas oportunidades, nos ilustra y, si a eso añadimos que la sociedad progresa, tiene más conocimientos y se comunica más rápidamente, veremos que libros como éste son válidos y útiles. Primeramente por el propio protagonista homenajeado—más que biografiado—: Suárez es un referente incontestable para el público y, si no lo fuera, hay que conocerle. Ya es imprescindible. Él encarnó como nadie los valores de la Transición; el mismo Felipe González lo reconoce: “Cuando yo llegué al gobierno ya estaba hecha. La hizo él, con más o menos ayuda, pero él. Y la pagó”.³ Son muchas las personas que pueden hablar sobre Suárez, transmitir un recuerdo, un conocimiento, una anécdota;

no es un personaje del siglo xvi que pocos conozcan, con el que no ha habido una vinculación personal, aunque sólo fuera mediática. En segundo lugar, aún hay detalles que no se han dicho; de hecho, en el libro leemos varias veces sobre las cautelas de Felipe González ante la posibilidad de revelar ciertos detalles para los que, según cree, no ha llegado el momento. En tercer lugar, lo más importante, hay que enfrentarse con valentía a escribir con nuevas fuentes; queremos saber más y entender mejor. Necesitamos, por tanto, este tipo de libros, que no gustará a los que se inquietan cuando se habla bien de lo que se hizo entre 1975 y 1982. Tienen que salir a la luz las más diversas fuentes, críticas y benévolas, de modo que no haya resquicios que puedan aprovecharse para tergiversar o malinterpretar; este libro llena uno de esos pequeños huecos de fuentes primarias y testimonios que aún no conocíamos.

Campo Vidal presenta a un presidente con ganas y capacidad de asimilar; aprendemos por qué se habla de Suárez como alguien lleno de coraje y seguridad. Fue brillante leyendo el discurso sobre la Ley de Asociaciones Políticas del 9 de junio de 1976, momento que, con bastante probabilidad, marcó la gran atracción que don Juan Carlos sintió por él. Nadie apostaba por Suárez salvo él mismo; tenía un gran convencimiento en sus posibilidades, era muy fiel a esa invención de “ideología centrista” que después tantos disgustos le causó y—añade Felipe González—mostraba una alta sensibilidad por lo social.

Según deja ver el libro, Adolfo Suárez tuvo aciertos grandes y, afortunadamente, no sabía de todo, lo cual le hizo más humano. Por ejemplo, no redactaba discursos, pero sí sabía transmitir sus propias ideas a quien se los escribía; posteriormente era espléndido a la hora de interpretar lo escrito. Con un atractivo natural ante las cámaras, tuvo el más atinado golpe

2 Sesión en Cortes de defensa de la Ley de Asociaciones Políticas, 9 de junio de 1976.

3 Felipe González en un acto de la Asociación por la defensa de la Transición el miércoles 10 de abril de 2013. Recogido también en *El País*, Jueves 11 de abril de 2013.

de efecto a la hora de decidir hablar desde su propia casa a las pocas horas de ser nombrado presidente. Un gesto inesperado y rompedor que inmediatamente generó una extraordinaria cercanía a los españoles; le vieron sencillo y hogareño.

En este libro, asimismo, nos podemos ratificar aún más en algo que sabíamos. La dimisión de Suárez fue la salida más digna ante el panorama que le rodeaba hasta la asfixia: “erosión parlamentaria, conspiración interna inmisericorde en su partido, azote terrorista, malestar en los cuarteles y desprestigio constante en los medios”. Supo dimitir, supo irse. Dio la cara, asumía su responsabilidad, quizá queriendo mostrarse normal. El infortunio también le podía alcanzar a él, y bien fuerte le tocó: infame ensañamiento contra su persona, dimisión, malos resultados electorales en intentos posteriores, la muerte en 2001 de su esposa Amparo Illana, el deterioro físico que mostró al público en su última aparición en 2003 para apoyar a su hijo, de nuevo la terrible enfermedad que también se llevaba a su hija Mariam en 2004, el mal estado económico en el que le habían dejado tantos intentos por frenar estas enfermedades, el embargo de su casa de Ávila por el impago de un crédito hipotecario... En definitiva, un español de a pie al que no hay razón para idealizar. Con sus luces y sombras, enganchó con la sociedad y eso engrandeció el cariño general que la gente le muestra. A pesar del contexto actual de antipatía por todo lo político parece acertado aventurar que, el día que nos deje, las calles se llenarán de españoles agradecidos.

Precisamente, la conexión con la actualidad es otro de los aportes del texto, su vigencia, ¿qué español no añora escuchar frases como la siguiente?: “Deseo que el orden y la libertad convivan en el mismo campo, completándose mutuamente. A esa mayoría de españoles nos

apremia la urgencia de la justicia social. Sabemos apreciar, o creemos saber apreciar, el esfuerzo por las libertades cívicas y por unos derechos que comienzan en una vida digna, y terminan en la posibilidad de que el pueblo español sea dueño de su propio destino”. Son ideas inspiradoras que conectan nuestro pasado y nuestro presente; el libro interpela también al lector que hoy día va a leerlo preocupado por las circunstancias del país. Otro ejemplo ilustrativo es esta frase de su discurso de dimisión asediado por críticas desde todos los frentes: “No me he quejado en ningún momento de la crítica. Siempre la he aceptado serenamente. Pero creo que tengo fuerza moral para pedir que, en el futuro, no se recurra a la inútil descalificación global, a la visceralidad o al ataque personal porque creo que se perjudica el normal y estable funcionamiento de las instituciones democráticas”. Al parecer, pocos le hicieron caso; la desafección política actual provocada por el mal hacer político que también ha caracterizado a España hubiera entristecido profundamente a Suárez.

Aquellos días fueron también complicadísimos; es cierto que ahora, “a toro pasado”, cuando las cosas han salido —digamos— razonablemente regular, vemos a muchos sumándose al carro de la Transición; como ha dicho en alguna ocasión Felipe González: “Ahora todo el mundo estaba pero yo no les vi”. Ahora todos estuvieron en primera línea y de este afán de protagonismo, a la desconfianza y las críticas, hay un paso. Es lícito que algún ciudadano recele si observa casos que, aprovechando muy bien momentos de cercanía al poder, se hayan posicionado o dejado posicionados a los suyos, independientemente de su solvencia profesional. Por eso es importante estar a la altura, con honestidad y transparencia, aprender a subir y a bajar. Nos decía Machado que

“difícil es / cuando todo baja / no bajar también”. Suárez lo hizo, tuvo altura de miras y supo dimitir. Otro grande, Ortega, en 1914, nos decía que “la nueva política tiene que ser toda una actitud histórica”, en ello tenemos que estar, en las dificultades es donde verdaderamente se ven las capacidades de las personas.

A pesar de lo que hemos vivido a la postre y de los escollos que rodearon a Suárez el libro nos ilusiona porque no oculta que, en España, se tuvo capacidad de conseguir retos complicados y, por otro lado, la semblanza de Suárez con la que nos quedamos nos convence por su firme apuesta por la concordia y la conciliación.⁴ Lo que hayamos hecho después, o hagamos a partir de ahora, es responsabilidad nuestra. Es cierto que habíamos desarrollado semejante admiración, idealización, idolatría —como cada cual quiera expresarlo— por la Transición que nos parecía inverosímil, por ejemplo, que la gente cercana al poder no fuera inteligente, o no tuviera una debida preparación; creíamos que ya éramos grandes y que —incluso— habíamos liquidado el abuso caciquil y la corrupción, o construido unas pulcras instituciones que servirían para una sociedad cada vez más informada y crítica. Es frecuente que asistamos con estupor al recurso al insulto, a que personas en puestos relevantes manejen la grosería con una desvergüenza indigna del cargo que ocupan, a que los representantes públicos en lugar de hablar las lenguas del Estado sólo hablen el lenguaje frío de los votos y las estadísticas electorales; también vemos atónicos altos cargos prescindibles

pero con altos sueldos, o bien organismos supuestamente justos y democráticos que fallan al ciudadano y lo sumen en un profundo hastío. El batacazo es grande al comprobar que el sueño se desmorona con razones de peso; de nuevo necesitamos “cambiar cañerías sin cortar el agua”. Esta vez, entonces, hagámoslo por la puerta grande, sin invalidar los intentos pasados por lograr algo medianamente bueno, sin culpar a enemigos exteriores de lo que debemos hacer nosotros. Intentemos no equivocarnos esta vez. Es injusto recurrir a lo fácil, a culpar a un ente etéreo, la “Transición”, de los errores que hoy vemos; como si una democracia se hiciera en un lustro, como si la sociedad fuera inamovible o no hubiera cambiado nada, como si no nos diéramos cuenta de que contamos con esa poderosa perspectiva tan ventajosa que nos da el tiempo. Ahora, en 2013, también se pueden cambiar las cosas, transitamos cada día; la misma vida es un tránsito lleno de decisiones, alternativas y azar. Cualquier momento, cualquiera opción, podía haber sido diferente.

Pilar Sánchez Millas

4 “Pertenezco, por edad, a una generación de españoles que solo ha vivido la paz. Pertenezco, por convicción y talante, a una mayoría de ciudadanos que desea hablar un lenguaje moderado, de concordia y conciliación” (discurso de 6 de julio de 1976).